

1

Noviembre, 1856

Amjerat, un principado de la India

Un día cualquiera, alguien se contorsionaba de exquisito placer en casa de la más buscada cortesana de Amjerat. Por desgracia para el capitán Greydon Quinn, no era él.

—Muy bien, *sahib* Quinn —canturreó Padmaa cuando él bajó la boca a su cuello. Ella olía a jazmín y almizcle, a mujer excitada—. Está volviéndose todo un maestro en las enseñanzas de Vatsyayana.

Lo que estaba era notando los pantalones cada vez más apretados, pero como el objeto del ejercicio era aprender a hacer disfrutar a una mujer, solo Padmaa estaba desnuda. Cuando decidió instruirse en las antiguas técnicas del placer expuestas en un antiguo texto sánscrito llamado *Kamasutra*, sabía que habría momentos a lo largo de su enseñanza sensual en los que debería sacrificarse.

Ese era uno de esos momentos.

La ingle le palpitaba de incontrolable necesidad, pero se concentró en la jadeante respiración de Padmaa y en cada uno de los músculos femeninos, tensos bajo la piel dorada.

—Es el mejor alumno que he tenido nunca —afirmó ella con la respiración entrecortada, al tiempo que le cogía una de las manos y la deslizaba sobre su vientre, hasta los suaves y dulces placeres que escondía entre las piernas.

Padmaa utilizaba una fórmula oriental para eliminar el vello del cuerpo, incluyendo el que le cubría el sexo. Él encontraba que

la suavidad de su monte de Venus resultaba erótica y exótica a la vez.

—Muchos de sus compatriotas llegan a mí para entrenarse en el arte de la sensualidad, pero muy pocos completan todas las lecciones. —Emitió un suave ronroneo, al tiempo que arqueaba la pelvis hacia los indagadores dedos—. ¿Por qué cree que ocurre eso?

El cuerpo le latía de ansia ante la necesidad de alcanzar la liberación, tanta que tenía dificultades para hilar un pensamiento coherente.

—Respóndame, *sahib* Quinn —pidió ella, cuando él movió el dedo hacia lo que Padmaa denominaba su *pequeña perla*—. Puede hacer dos cosas a la vez.

Él respiró hondo para tranquilizarse y continuó con la íntima caricia. Padmaa le recompensó con un suave gemido de aprobación.

—Creo que solo es una cuestión de tiempo lo que les impide completar su entrenamiento —expuso él, antes de apretar los dientes para no perder el control. Vio que la piel de la joven se sonrojaba, y eso hizo que el deseo impactara directamente en su entrepierna. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no arrancarse los pantalones y sumergirse en el lugar de donde manaba aquella suave lubricación.

—Los días no son igual para todos... del mismo modo que tampoco nos late el corazón a la misma velocidad...

Le satisfizo constatar que Padmaa, una experta en las artes de la sensualidad, parecía tener también problemas para controlarse.

—Sí, pero para nosotros, los ingleses, los días están divididos en agradables y prácticas horas, y estas en minutos. —La primera vez que pisó la India, él había observado con desagrado la falta de puntualidad asiática. Después se dio cuenta de que el término «ahora» no formaba parte de los horarios de Oriente.

—No. Creo que es porque la mayor parte de los ingleses buscan únicamente su propia satisfacción, no la manera de proporcionar placer... a... sus mujeres... ¡Oh! —La vio cerrar con

fuerza los ojos oscuros y ponerse rígida de pies a cabeza, a punto de alcanzar la liberación.

Cuando ella se dejó llevar por las ondulaciones del clímax, él se recreó en su placer. Llevar a una mujer a esas cotas de éxtasis hacía que un hombre se sintiera vivo.

Estaba seguro de que ella le demostraría su gratitud devolviéndole el favor en cuanto dejara de estremecerse.

Sonó un suave golpe en la puerta y él maldijo por lo bajo. Padmaa se irguió temblorosa en el lecho de cojines y envolvió su cuerpo en un lienzo de seda.

—Entre...

—Esa era mi intención —masculló él. Complacer a una mujer estaba muy bien, pero un hombre también tenía sus necesidades.

Era Sanjay quien estaba en la puerta, así que también él se levantó.

—Mil perdones, amigo mío. —Nadie sospecharía que aquel hombre, tan solo cubierto por unos pantalones y una túnica raídos, era el príncipe heredero de Amjerat. Quinn le había acompañado en varias de sus aventuras de incógnito, cuando eludía a sus guardaespaldas y salía a hurtadillas del palacio, pero era la primera vez que este interrumpía una visita a Padmaa—. Las cosas se han puesto feas en el templo.

—¿Qué es lo que pasa?

—Un grupo de *thugs* ha asaltado la galería superior —informó Sanjay—. Ya han matado a un sacerdote.

No todos los devotos de la destructora diosa Kali practicaban asesinatos rituales, pero él había oído que había un grupo de *thugs* recorriendo la *Grand Trunk Road* por el sur, que sembraba su paso de aquellas ofrendas a la diosa. Por lo general Quinn era un hombre tolerante con las creencias de los demás, pero los cadáveres estaban dejando un rastro muy particular. Cada asesinato era considerado un acto de *puja*; de veneración a Kali.

Los ingleses habían tratado de abolir el culto, pero era evidente que continuaba en activo. Ahora que aquel nuevo grupo había alcanzado Amjerat, él podría actuar.

Besó a Padmaa en la mejilla.

—Lo siento, tengo que marcharme.

—Debo considerar, entonces, que su entrenamiento ha concluido. —La musical voz estaba teñida de pesar—. Dar placer sin esperar recibirlo a cambio solo sucede cuando se alcanza el estado más avanzado del alma.

—Te aseguro que no he alcanzado tal estado —gruñó él con frustración mientras introducía su revólver Beaumont-Adams en el cinturón—. Créeme, mis instintos no son para nada *avanzados*.

Quinn corrió tras el príncipe en medio de la oscura noche, atravesando un estrecho callejón hacia el impresionante templo situado en el centro de la capital de Amjerat. Se acercaron por la puerta lateral, por si los *thugs* habían puesto guardias en la principal.

—¿Qué quieren conseguir en el templo? —le susurró a Sanjay mientras se aproximaban. Los *thugs* atacaban a la mayoría de sus víctimas en las casas de opio; comedores de loto que se hallaban demasiado envueltos en la vaporosa neblina de la droga como para ofrecer pelea.

—Me temo que el *Baaghh Kaa Kkhuun*.

—¿El Sangre de Tigre? —tradujo Quinn sin aflojar el paso, caminando hacia la pequeña puerta lateral.

Sanjay asintió.

—¡Oh, sí! Llamamos así al diamante rojo que ocupa el ojo de nuestro Shiva. Se dice que posee un inmenso poder. En las manos equivocadas, el *Baaghh Kaa Kkhuun* puede alimentar la maldad.

—Entonces debemos asegurarnos de que esté en poder del bando correcto, ¿no crees? —Sacó el revólver, deseando haberlo vuelto a cargar después del entrenamiento de tiro de esa tarde. Pero había tenido demasiada prisa por acudir a casa de Padmaa, así que solo disponía de cuatro disparos en vez de los doce habituales.

Abrió la puerta de una patada y lanzó un grito que hizo detenerse al grupo de maleantes en el interior. Cuando uno se encontraba en inferioridad numérica, hacer un poco de teatro rara vez venía mal.

Pero su estrategia solo sirvió para advertir a sus adversarios. De un vistazo contó por lo menos diez. Uno de ellos estaba encaramado en dos de los cuatro brazos de la maciza escultura que había en el extremo más alejado del templo y, aunque el hombre les miró de reojo, siguió intentando extraer el ojo del dios con una afilada daga.

Él alzó el arma, dispuesto a enfrentarse a los cuatro *thugs* que corrían hacia ellos, al tiempo que el príncipe empuñaba su larga espada curva, brillante bajo la luz. Valoró la posibilidad de disparar al hombre que saqueaba a Shiva, pero los otros cuatro estaban demasiado cerca. Además, el príncipe Sanjay se tomaría bastante mal que atravesara accidentalmente al dios con una bala.

Finalmente, el príncipe y él se encontraron espalda contra espalda, esgrimiendo sus espadas para luchar contra sus enemigos. Giraron y se contonearon en una estilizada danza de muerte, de la que ninguno de los que se encontró a su alcance salió indemne.

A él siempre le sorprendía la manera en que las batallas aguzaban los sentidos de un hombre. Advirtió el lunar peludo que decoraba la ceja de uno de sus asaltantes, el penetrante olor a fenogreco y a curry que emanaba de las fluidas túnicas, y el grito estridente cuando su filo abría una vena y un chorro rojo surcaba el aire.

Tanto él como su amigo eran expertos espadachines, pero si cualquiera de los dos flaqueara, ambos morirían.

El *thug* que mutilaba al dios lanzó de repente un agudo chillido. Ante aquel sonido, los demás se giraron y corrieron tras el hombre, que sostenía el diamante rojo envuelto con firmeza en un cuadrado de seda negra.

Ellos les persiguieron, pero pronto les perdieron la pista entre los desordenados puestos del bazar. El *Baagbh Kaa Kkbunn* se esfumó entre el gentío como un escupitajo entre las aguas del Gan-

ges. El diamante rojo no dejó rastro alguno mientras descendía al podrido corazón del inframundo de Amjerat.

Marzo, 1857

Londres

«Lo juro, lo juro, esta es la última vez», se prometió lady Viola Preston mientras atravesaba con dificultad aquella ventana situada en la planta baja de una lujosa mansión londinense.

Viola había echado el ojo al nuevo collar de esmeraldas de lady Henson, pero cuando estaban degustando la sopa en el banquete en honor al teniente Quinn, el susodicho oficial dejó caer que había traído consigo un par de bolsitas llenas de piedras preciosas de su estancia en la India. Un *nabab* recién llegado no debería hacer ostentación de los detalles de su riqueza si no quería ser despojado de ella.

Su perista pensaba que tendría que cortar en trozos el collar de lady Henson para poder venderlo y, aún así, las gemas resultarían demasiado grandes y de un color excepcionalmente puro. Algún entendido podría llegar a reconocerlas. Sin embargo, las piedras del teniente —una de ellas grande como un melocotón pequeño, si este no había exagerado demasiado— serían desconocidas e imposibles de localizar. Podrían obtener una buena cantidad de dinero por ellas.

Y luego dejaría esa ocupación.

«Es la última vez», se prometió para sus adentros. Sin embargo, al igual que la heroína de Shakespeare que poseía su mismo nombre, echaría de menos ponerse aquellos pantalones masculinos de vez en cuando. Eran mucho más cómodos que los corsés y los miriñaques.

Desde alguna parte, en lo más profundo de la elegante mansión, llegó un ronco chirrido que le hizo contener el aliento. El reloj de pie del salón continuó con su lento *tictac...* Al no percibir

más sonidos, supuso que solo se trataba del suspiro de una edificación antigua acomodándose sobre sus cimientos para pasar la noche.

En la estancia en la que había forzado la entrada flotaba el rancio aroma a humo y a brandy que habían sido degustados durante la velada previa, pero no había nuevos olores. Supuso que el teniente Quinn había aceptado la oferta de lord Montjoy para ser presentado en su club esa tarde.

«Lo más probable es que ahora esté visitando un burdel. *Bah*, no importa. La casa está vacía, así que da igual».

Subió las escaleras, sigilosa como un gato, vigilando cualquier movimiento extraño. El teniente todavía no había contratado personal, pero desde la India le había acompañado un criado nativo. Durante el banquete, ella había visto a un individuo con turbante entre las sombras, dando órdenes a los lacayos prestados y a las doncellas eventuales.

Era probable que ese sirviente sí se encontrara en la residencia.

«Si se queda en la cocina o en la buhardilla, todo saldrá bien», se animó a sí misma. Sabía que las gemas se encontrarían en las habitaciones del teniente Quinn.

Su perista tenía un amigo albañil que, por un módico precio, revelaba la posición de las cajas fuertes instaladas en los hogares de los aristócratas. Se había puesto de moda que las mansiones londinenses estuvieran acondicionadas con cajas fuertes embutidas en la pared de las habitaciones del dueño de la casa. Pero las exóticas cerraduras de rosca se abrían sin resistencia al toque de sus hábiles dedos.

Tenía un don. En realidad tenía dos, pero del otro no disfrutaba ni la mitad que de este.

Abrió la puerta del dormitorio lentamente. «¡Estupendo!». Había sido engrasada hacía poco y apenas se escuchó ruido de bisagras.

Las pesadas cortinas adamsadas estaban corridas y tuvo que detenerse durante un momento para dar tiempo a que sus ojos se acostumbraran a la profunda oscuridad. ¡Ahí estaba! Un paisaje

con marco dorado colgado en la pared sur señalaba la posición de la caja fuerte.

Atravesó la estancia de puntillas y se aproximó al alambre con el que colgaba el cuadro desde la moldura para alzarlo con cuidado. Si tenía suerte, le daría tiempo a colocarlo de nuevo antes de marcharse y podrían pasar días antes de que el teniente Quinn descubriera que faltaban las gemas. Después de desplazar la pintura, encontró la caja fuerte justo en el lugar donde el amigo de Willie aseguró que estaría.

Pegó la oreja a la cerradura y cerró los ojos para concentrarse mejor. Cuando escuchó un leve *clic* y sintió una leve dificultad bajo los dedos, supo que había descubierto parte de la combinación. Tan solo unos segundos después dio con la clave correcta y abrió la pequeña puerta metálica.

El oscuro habitáculo estaba vacío. Introdujo la mano para deslizar los dedos por los lados y aristas interiores.

—¿Buscaba algo? —Una voz masculina retumbó desde un rincón en la penumbra.

«¡Maldición!» Salió disparada hacia la puerta, pero esta se cerró de golpe. El sirviente hindú dio un paso hacia delante desde el cercano lugar donde se ocultaba.

—Por favor, no intente escapar o, lamentándolo mucho, tendré que dispararle. —El melodioso acento extranjero quedaba desmentido por la seriedad de la amenaza.

Ella corrió hacia la ventana con la esperanza de que estuviera abierta tras las cortinas y que, debajo, hubiera un frondoso arbusto que amortiguara su caída.

El teniente Quinn la capturó antes de que llegara a su objetivo, y le apretó la espalda contra su torso al tiempo que extendía una enorme mano sobre uno de sus pechos.

—¡Por todos los demonios! Es una mujer. Sube la llama de la lámpara, Sanjay.

La amarilla luz de la lámpara de pared inundó la estancia. Ella parpadeó ante la repentina claridad mientras clavaba el pie en el de su captor, con tanta fuerza como podía.

Quinn gruñó pero no la soltó. La obligó a girarse para mirarla y arqueó las cejas con sorpresa cuando la reconoció.

—¡Lady Viola! ¡No es posible que usted sea El Ladrón de joyas de Mayfair!

—Por supuesto que es posible. —Podía ser una ladrona, pero no era mentirosa—. Señor, le agradecería que me quitara las manos de encima.

—Estoy seguro de ello. —El teniente frunció los labios con fuerza, sin aflojar los dedos que le clavaba en la parte superior de los brazos.

El sirviente hindú tampoco bajó el revólver que sostenía.

—¿No se lo había dicho, *sahib*? A la joven dama le brillaban demasiado los ojos cuando miraba las esmeraldas de lady Henson. —El criado no llevaba puesto el turbante y su pelo, negro como el carbón, caía sobre los hombros en fluidos mechones—. Esta mujer es un demonio.

—Es posible. —Quinn arqueó una ceja oscura—. Pero si es así, mi viejo vicario tenía razón; el demonio adopta formas muy tentadoras.

Aquel cumplido tenía doble intención y ella lo sabía. No se había fijado demasiado en el teniente Quinn durante el banquete; no tenía tiempo para los hombres y los problemas que podían causar. Una vez se quemó y no pensaba volver a jugar con fuego, así que solo había tenido ojos para las esmeraldas de lady Henson. Sin embargo, ahora sí estudió a ese individuo con la misma atención con la que él la estudiaba a ella.

Los rasgos de Quinn eran clásicos y bien parecidos. Los labios definidos y los dientes blancos hicieron que se diera cuenta de que era más joven de lo que ella pensaba. Dudaba que hubiera cumplido treinta y cinco años. La pálida piel inglesa había sido bronceada por el implacable verano hindú y azotada por los húmedos monzones; era posible que su estancia en aquel lugar hubiera sido recompensada con riquezas, pero había exigido su precio.

Los ojos, de un tormentoso tono gris, contrastaban con aquella piel bronceada. Parecían ser capaces de mirar a través de ella

y percibir el fraude que era en realidad: una ladrona con ínfulas de dama.

Quinn miró a su criado.

—Te debo cien rupias. —Meneó la cabeza—. Yo había apostado por el vizconde Fenway. Ya era un sinvergüenza cuando estábamos en Eton, por lo que pensaba que había pasado de copiar en los exámenes a robar joyas. —Él la soltó y, tomándole la mano, hizo una breve reverencia ante ella—. Mis disculpas por dudar de usted, milady. Parece que es usted el infame ladronzuelo que esperábamos atrapar esta noche.

—No es necesario insultar. —Arrancó la mano de las suyas. Quizá si conseguía que siguiera hablando, podría acercarse poco a poco a la puerta y escapar. Sería su palabra contra la de ella y nadie que no la hubiera visto abrir una caja fuerte la creería capaz de tal cosa—. Un mentiroso no es quién para tirar la primera piedra. ¿No había asegurado que se uniría con lord Montjoy esta noche en su club?

—Sí, en efecto, pero dejar plantado a un amigo en el club y robar gemas no son pecados de la misma magnitud, ¿no cree?

—Robar gemas. —Le lanzó una mirada irritada—. Como si ahí hubiera encontrado alguna maldita piedra.

Deseó haber callado las palabras tan pronto como abandonaron sus labios. Su asociación con Willie le había hecho oír tantas vulgaridades mientras esperaba en su local que, cada vez con más frecuencia, soltaba lo primero que le pasaba por la mente. Estaba perdiendo cualquier clase de sensibilidad. Ninguna dama pensaría lo que acababa de decir, ni mucho menos lo diría en voz alta.

Quinn hizo una mueca.

—Perdone que no me arrepienta. —La amplia sonrisa se desvaneció—. Además, no mentí, me limité a propagar información errónea. Una honorable táctica que utilicé por una buena razón.

—Imagino que piensa que es probable que no tenga una buena razón para mis acciones. —Dio un par de pasos hacia la puerta como quien no quiere la cosa.

Ancho de hombros y estrecho de caderas, Quinn bloqueó sus

desplazamientos con la sinuosa elegancia de una pantera. Si tenía que coquetear para lograr salir de ese apuro, no sería lo más oneroso que hubiera hecho en su vida; pero no pensaba llegar tan lejos. Si hubiera estado dispuesta a venderse, no hubiera tenido que recurrir al robo.

—Supongo que es su intención denunciarme y buscarme la ruina.

—Me temo que es demasiado tarde para que yo sea la causa de su ruina, milady.

Viola alzó la mano para abofetearle, pero él interceptó su brazo y lo retuvo con fuerza. Su intensa mirada la dejó paralizada. Una fina cicatriz partía del extremo de la ceja y se perdía en el nacimiento del pelo. El teniente Quinn podía ser un disoluto y hermoso ejemplar masculino, pero también era un hombre de acción. Un tipo peligroso. Entre los aristócratas, él sobresaldría como una pantera entre gatitos domésticos.

—Mi sirviente tiene en la mano un revólver cargado apuntando a su corazón y es muy protector conmigo. —La voz se convirtió en un ronroneo a pesar de la sedosa amenaza que encerraba—. ¿Está segura de que quiere golpearme?

—¿Acaso una dama no puede defender su honor sin verse amenazada por un disparo?

—Así que sí existe el honor entre ladrones. Siempre me lo había preguntado. —Con la mano que no le sostenía la muñeca, hizo una señal al hindú para que bajara el arma—. Eso es todo, Sanjay. La dama y yo tenemos mucho que discutir.

—Como guste. —El nativo guardó el arma en el ancho cinturón de la túnica y apretó una palma contra otra en un gesto de despedida—. *Namaste*. Pero protéjase de los demonios, *sahib*. —Le lanzó a ella una mirada enfurecida—. Da igual lo tentadores que sean. —Atravesó el umbral tan silenciosamente como la seda se deslizaría por la piel desnuda.

—Le exijo que me suelte. —Le palpitaba la muñeca bajo el apremiante agarre y no quería que él se diera cuenta de que el corazón le latía igual de deprisa.

—No está usted en posición de dar órdenes. ¿O acaso quiere intentar golpearme otra vez?

—No es mi intención, a menos que haga algo para merecerlo.

—De acuerdo. —Quinn la soltó y se sentó en el borde de la cama—. Estoy dispuesto a escuchar por qué ha decidido arriesgar su honor y la posibilidad de acabar en prisión por unas chuchearías.

—¿Piensa permanecer sentado mientras una dama está de pie?

—Claro que no. —Apoyó el tobillo en la rodilla contraria—. El día que haya una dama en mi dormitorio a altas horas de la noche, me aseguraré de permanecer de pie.

Ella entrecerró los ojos. Si él seguía tan dispuesto a insultarla, jamás se vería conmovido por sus problemas. Apretó los labios con fuerza. Ese hombre no merecía un asiento en primera fila cuando recitara sus preocupaciones más privadas.

—La invito a sentarse también, si es lo que quiere. —Él dio una palmadita al cubrecama de brocado, a su lado.

—Me quedaré de pie. —Cruzó los brazos—. Ser una ladrona no implica que no sea también una dama.

—Será difícil convencer de ello al magistrado.

—Si pensara entregarme a las autoridades, no estaríamos aquí. —Viola esperó estar en lo cierto; su madre se moriría si la arrestaban.

—Chica lista. No, no tengo pensado obligarla a comparecer ante el magistrado. Voy a tener que añadir la astucia a su lista de cualidades —aseguró, con una medida inclinación de cabeza—. ¿Sabe usted de qué tiene fama el Ladrón de joyas de Mayfair, incluso en Bombay? De astuto. Solo roba a aquellos que pueden permitirse el lujo de perder y jamás se deja engañar por joyas falsas. Ya entiende por qué queríamos dar con usted.

Sabía que había una considerable recompensa por su captura, pero no tenía ni idea de que las noticias de sus hazañas hubieran llegado tan lejos.

—Eso quiere decir que su historia sobre esa bolsita llena de gemas no es cierta.

—Son dos bolsitas. Y es cierta. Casi toda... —Quinn deslizó la mirada desde su rostro a sus piernas, embutidas en unos pantalones de cuero marrón—. No necesito la recompensa que ofrecen por usted, así que tendremos que llegar a otro tipo de arreglo.

—¿A otro arreglo? Si espera que vaya a acostarme con usted a cambio de su silencio, se equivoca.

Él se rio entre dientes.

—No es eso lo que tengo pensado, pero puedo considerarlo. Me satisface escuchar que está pensando en acostarse conmigo.

En esta ocasión ella fue lo suficientemente rápida como para darle una sonora bofetada en la mejilla.

Él reaccionó con la misma velocidad, agarrándole una mano y tirándola encima del colchón para inmovilizarla con su cuerpo. Al momento, se encontró aplastada contra el lecho por una dura y larga figura, que cubría la suya por completo y le retenía un brazo por encima de la cabeza.

—¡Suélteme inmediatamente! —Le golpeó el pecho con la mano libre, pero él se la capturó y la unió a la otra. Le apresó las piernas, colocando las suyas a ambos lados, y la inmovilizó por completo.

—Una mujer que se cuelga en el dormitorio de un hombre no debería esperar poder salir de él sin pagar un precio. —Bajó la boca hasta tragar su protesta con un exigente beso.

Ella luchó contra él, pero sus labios eran muy suaves y Quinn inclinó la boca sobre la suya como si supiera, sin lugar a dudas, cómo le gustaba ser besada. El gesto convirtió aquella intimidad forzada en una irresistible seducción. Notó que su cuerpo respondía con un desconcertante hormigueo en el vientre que derivó en un profundo anhelo.

«Esto es una locura».

Sabía mejor que nadie que no podía permitir que ese hombre utilizara su apasionada naturaleza en su contra. Deseó poder abstraerse del placer, ser insensible a él.

Él se retiró y la miró fijamente al tiempo que arqueaba una ceja con curiosidad.

—¿Esa es su idea de un precio? —preguntó ella.

—No, pero en ese momento, besarla me pareció una buena idea.

—¿Y ya no lo piensa?

—Podría llegar a convertirse en una distracción. Es mi deber informarla de que vamos a ser socios, lady Viola —aseguró él con firmeza.

—No ha sido usted nada caballeroso, teniente, en ninguna de las dos cuestiones. —Luchó para que no le temblara la voz—. ¿No tengo voz y voto en el asunto?

—Sobre nuestra sociedad, no. Por lo menos si desea evitar al magistrado. —El ronco tono de barítono retumbó en todo su cuerpo, haciéndola temblar. Los ojos de Quinn se oscurecieron al mirarla y ella percibió su dura masculinidad contra la unión de los muslos—. Con respecto a lo que pueda ocurrir entre nosotros, sí; en eso tiene voz y voto.

El corazón comenzó a golpearle contra el esternón. Abrió y cerró la boca pero no emitió ningún sonido. ¡Santo Cielo!, no se había sentido tan tentada por un hombre desde... Ignoró aquel pensamiento. Sabía de sobra que no podía permitir que fuera su cuerpo quien tomara esa decisión. Respiró hondo.

—Se tratará de un asunto de negocios nada más —susurró.

—Acepto su decisión... por ahora. Pero le recuerdo que ha sido usted la única que ha mencionado la idea de compartir la cama. Si permito que se levante, ¿logrará contenerse y no volver a abofetearme?

Ella asintió con la cabeza; no confiaba en su voz.

Quinn rodó a un lado y la ayudó a sentarse junto a él. Parecía haber conseguido controlarse perfectamente. Luego le vio levantarse y dirigirse a paso vivo hasta la cómoda, donde tomó un calcetín y un pañuelo blanco. Tras extender el paño sobre la cama, volcó sobre él el contenido del calcetín. Un encendido arco iris de piedras brilló ante sus ojos.

—¿Guarda las gemas en un viejo calcetín?

Él se encogió de hombros.

—Me pareció más seguro que guardarlas en la caja fuerte, sabiendo que usted rondaba por los alrededores.

Ella miró las piedras preciosas con el ceño fruncido. Suponían un impresionante montón de riquezas, pero algunas no emitían la vibración adecuada.

—No todas son auténticas.

Él arqueó una ceja y asintió con la cabeza.

—Enséñeme cuáles no lo son.

Ella respiró hondo y estiró el brazo. Primero hacia las perlas; sus voces sibilantes y acuosas siempre eran más fáciles de tolerar. Tomó una perla gris, una humeante esfera iridiscente; un ronco zumbido comenzó a inundar su cabeza.

Como si estuviera en una ondulante cama de algas marinas, la perla le habló en sus trémulos y bamboleantes tonos. Las palabras resultaban confusas y no pertenecían a una lengua que ella conociera, pero una rápida imagen de un anciano lleno de arrugas, con un turbante púrpura y barba teñida de brillante color escarlata, ocupó su mente. Dejó caer la esfera antes de que esta le mostrara más.

Era inusual que percibiera una visión de una perla. Quizá porque nunca eran tan antiguas como las demás gemas. Quizá la frágil sustancia que las formaba se resistía a recoger huellas de sus dueños. O quizá las perlas ya eran demasiado mortales y no querían cargar con las vivencias de nadie más durante su estancia en la tierra.

No importaba cuál fuera el secreto de aquella esfera iridiscente; ella no quería saberlo.

—Esa perla es verdadera —aseguró—. Y muy antigua. No encontrará otra igual, tendrá que ser utilizada como colgante.

—¿Cómo sabe eso?

—Solo lo sé. —¿Cómo podría explicar algo que no comprendía ni siquiera ella misma? Solo sabía que era distinta al resto de los mortales.

Y la gente recelaba de los que eran diferentes.

Se concentró en el resto de las joyas. Una a una, clasificó cor-

nalinas de dulce tono y lapislázuli de atrevida voz, apartando a un lado las imitaciones que permanecían en silencio. Luego estudió las piedras más duras... Las que hablaban con voces más estridentes; las que, probablemente, la inundarían con horribles imágenes de su pasado.

Dejó de lado las ásperas esmeraldas, los maleducados zafiros y los gimientes rubíes, ordenando las gemas de pasta en un pequeño montón aparte. Algunas eran imitaciones bastante buenas que, estaba segura, engañarían a la mayoría de los joyeros, pero si una piedra no le hablaba, era falsa.

Por fin, quedaron solo cinco diamantes. Inspiró profundamente preparándose para enfrentarse a ellos. De todas las piedras preciosas, los diamantes eran los que gritaban las atrocidades pasadas más dolorosas. Quizá al no estar tallados fueran menos agresivos. No podían haber tenido contacto con demasiada gente.

—¿Por qué no sigue? —preguntó Quinn—. ¿No puede distinguir los diamantes?

Ella tomó el más grande y emitió un suspiro de alivio.

—Es falso.

—¿Está segura?

Lo dejó caer al suelo y lo aplastó con el tacón de la bota. La piedra se fragmentó en miles de pedazos de vidrio.

—¡Maldita sea! Sanjay me había convencido de que era bueno.

—Pues Sanjay estaba pitorreándose de usted. —Cerró los ojos al ser consciente de que había vuelto a recurrir al argot que tan fácilmente acudía ahora a su boca.

Estiró el brazo hacia la siguiente piedra, pero en el momento en que la rozó con la punta de los dedos, el diamante comenzó a gritarle, inundando su mente con un agudo chirrido. Se mordió los labios y retiró la mano antes de que pudiera formarse una imagen en su mente.

—Este es real.

Quinn colocó la gema en el montón correspondiente, y esta lloriqueó con suavidad cuando él la tocó.

«¿Cómo es posible que él no escuche nada?».

Era raro que una piedra se manifestara ante un simple roce solo porque ella estaba cerca; esa gema en particular debía de haber vivido una historia muy cruel. Pensaba evitarla a toda costa.

El resto de los diamantes eran verdaderos. Logró manipularlos con la suficiente rapidez como para que solo la asaltara una imagen en la que brotaba una salpicadura roja de un hombre de tez oscura que había caído al suelo, abatido a hachazos. Trago saliva e intentó expulsar la horrible visión de su mente.

—Así que los rumores son ciertos. Siempre reconoce las piedras falsas, da igual lo buena que sea la imitación. —Quinn recogió las gemas valiosas para devolverlas al calcetín.

Ella se puso en pie. Salvo con aquel último diamante, había escapado de la situación con mucha facilidad. Dudaba que cualquiera de las imágenes hubiera durado lo suficiente como para dejarle aquel demoledor dolor de cabeza que solía acompañar al uso de su don.

—Me satisface haberle sido de utilidad. Ahora, si me disculpa...

—No tan rápido. Todavía no le he explicado el objetivo de nuestra sociedad.

—Ya he clasificado sus piedras.

—Eso era solo una prueba. Tenía que estar seguro de que usted era el auténtico Ladrón de Joyas de Mayfair. Vuelva a sentarse —añadió lacónicamente.

Su tono resultó tan dominante que ella comenzó a obedecer sin pensar. De repente, se detuvo de golpe; no era uno de sus capayos para que le diera órdenes.

—Muy bien, me sentaré yo antes. —Él reclamó la cama de nuevo y le brindó una divertida sonrisa.

La irritación burbujeó en su interior pero prefirió quedarse de pie.

—Estos son mis términos... Y no son negociables. Contrato sus servicios como ladrona y, cuando disolvamos nuestra sociedad, recibirá la mitad de las gemas que acaba de ver.

—¿Puedo elegir las que quiero quedarme? —La esperanza la

hizo estremecer internamente. Aquello quería decir que los problemas económicos de su familia desaparecerían; que jamás tendría que volver a robar.

Él asintió con la cabeza.

—De acuerdo, acepto los términos. ¿Qué quiere de mí?

—¿Qué sabe de los diamantes rojos? —preguntó él.

—¿De los diamantes rojos? Que son muy raros. —En ninguno de sus robos se había topado con uno—. Y por eso valen una fortuna. Pero no todo el mundo puede poseerlos, se comenta que a menudo son portadores de horribles maldiciones.

—¿Es usted supersticiosa?

—No. —Ella no creía en supersticiones, sino en hechos. Podía escuchar las maldiciones de primera mano—. Pero por lo que yo sé, no existe un diamante rojo en toda Inglaterra. Y aunque lo hubiera, no lo robaría.

—¿Por qué?

—Porque sería imposible venderlo y un pecado cortarlo en piedras más pequeñas. Aunque, para empezar, los diamantes rojos no son nunca demasiado grandes; no más de cinco o seis quilates. ¿Qué iba a hacer yo con él?

—Deje que sea yo el que se preocupe de eso. —Quinn se levantó—. La llevaré a casa, lady Viola. A partir de mañana va a estar muy ocupada.

Ella se sintió agradecida al escucharle utilizar su título, pero el resto de las palabras hizo que le clavara una mirada llena de sospechas.

—¿En qué?

—Partirá conmigo rumbo a París. Existe un diamante llamado *Baaghh Kaa Kkhuun* a punto de ser incluido en el Tesoro Real. Tengo intención de interceptar al mensajero en Francia.

—¿*Baaghh Kaa Kkhuun*?

—Significa «Sangre de Tigre» —explicó Quinn—. Y usted, mi querida lady Dedos Ligeros, será quien lo robe para mí.